



CAPÍTULO V

LA casa de Honville estaba á una legua de Chartres y á cosa de media legua del cortijo en que habitaban los padres de Margot. No era del todo un castillo, pero sí una magnífica casa con gran parque. La señora de Doradour iba muy poco allí, y hacía muchos años que sólo se veía en la morada á un administrador. Ese viaje precipitado y las conferencias secretas entre el joven y la anciana sorprendían y preocupaban á Margot.

No hacía más que dos días que la señora de Doradour había llegado y aún no se habían deshecho todos los bultos, cuando se vió por la llanura á diez colosos que caminaban en buen orden: era la familia Piédeleu que venía á presentar sus respetos: la madre traía un cesto

de frutas; los hijos traían en la mano sendos tiestos de girasoles y el cortijero se pavoneaba guardando en los bolsillos dos enormes melones escogidos por él mismo y que los tenía por los mejores de su huerta. La señora de Doradour recibió tales presentes con su bondad ordinaria y, como ya había previsto la visita de sus arrendatarios, sacó en seguida del armario ocho chalecos de seda con flores para los hijos, un encaje para la tía Piédeleu, y para el cortijero un buen sombrero de fieltro de anchas salas, cuya cinta estaba prendida con una hebilla de oro. Cambiados los cumplidos del caso, Margot, resplandeciente de salud y alegría, compareció ante su familia. Después que todos la besaron, su madrina hizo grandes elogios de ella, ponderó su dulzura, su formalidad, su talento; y las mejillas de la joven, sobrado coloradas ya por los besos que acababan de recibir, tiñéronse de un color púrpura más vivo aún. Al ver la tía Piédeleu la compostura de Margot, creyó que ésta debía de ser feliz y, como buena madre, no pudo menos de decirle que nunca había estado tan guapa.

—Es verdad—añadió el cortijero.

—Verdad es—repitió una voz que hizo temblar á Margot hasta en el fondo del corazón.

Era la voz de Castor que acababa de entrar.

En ese momento, como la puerta estaba abierta, se vió en la antesala al guardador de pavos, Perico, que tanto lloró al marcharse Margot. Había seguido á sus amos á cierta distancia y, no atreviéndose á entrar en la sala, hizo, desde lejos, un tímido saludo.

—¿Quién es ese rapazuelo?—preguntó la señora de Doradour.—Acércate, chico, ven á saludarnos.

Perico saludó de nuevo; pero nada pudo decidirle á entrar; se puso colorado como la grana y escapó á todo correr.

—¿Será verdad que me encuentra usted bonita?—se repetía Margot, en voz baja, paseándose sola por el parque, cuando se hubo marchado su familia.— ¡Pero que soltura tienen los hombres para decir semejantes cosas delante de todo el mundo! ¿Cómo es que á mí, que no puedo mirarle de frente, me dice en voz alta una cosa que no puedo oír sin sonrojarme? Muy acostumbrado debe de estar á esto, ó quizás lo considere como indiferente; y sin embargo, decir á una mujer que se la encuentra bella es mucho, parece casi una declaración de amor.

Al pensar esto, detúvose Margot; y se preguntó qué es, exactamente, una de-

claración de amor. Mucho había oído hablar sobre este punto; pero no lo entendía muy claramente. ¿Cómo se dice que se ama?, pensaba, sin poder figurarse que basta decir: Yo la amo. Creía que debía de ser cosa muy distinta, que habría para ello algún secreto, un lenguaje particular, cierto misterio lleno de peligro y encanto. No había leído más que una novela, cuyo título ignoro. Era un tomo descabulado que encontró en el desván de su padre; tratábase de un bandido siciliano que raptaba á una religiosa, y había algunas frases ininteligibles que ella juzgó que debían de ser palabras de amor; pero había oído decir al cura que todas las novelas no eran más que tonterías, y ardía en deseos de conocer la verdad, sólo la verdad; más ¿á quién atreverse á preguntarla?

El cuarto de Castor en Honville no estaba tan próximo al suyo como en París. Se acabaron las miradas furtivas y los ruidos de la falleba. Todos los días, á las cinco de la mañana, sonaba débilmente la campana. Era que el guardabosque despertaba á Castor, al lado de cuya ventana estaba la campanilla. Margot escondida detrás de la persiana, lo veía rodeado de los perros, escopeta en mano, montar á caballo y perderse en la niebla que cubría los campos. Seguíale con la vista con igual emoción

que si fuera una castellana cautiva cuyo amante partiese para Palestina. A veces, en vez de abrir Castor el primer bardal, hacía que lo saltase el caballo. Al ver esto, Margot lanzaba suspiros inadvertidos aunque á la vez dulcísimos y muy crueles. Imaginaba que en la caza se corrían los mayores peligros. Cuando Castor volvía por la tarde cubierto de polvo, le miraba de pies á cabeza para asegurarse de que no estaba herido, lo mismo que si volviera de una batalla; pero cuando le veía sacar del zurrón una liebre ó un par de perdices y colocarlas en la mesa, le parecía ver á un guerrero vencedor cargado con los despojos del enemigo.

Un día sucedió lo que ella temía; al saltar Castor un vallado se cayó del caballo en medio de las espinas y salió con algunos rasguños. ¡Cuán punzantes emociones ocasionó ese ligero accidente! Margot estuvo á punto de perder su prudencia; al principio, le faltó poco para enfermar. Se la vió juntar las manos y orar en voz baja: ¡qué no hubiera dado por tener permiso para enjugar la sangre que corría por la mano del joven! Púsose en el bolsillo su mejor pañuelo, el único bordado que poseía, y esperaba impaciente alguna ocasión de sacarle de improviso para que Castor pudiera vendarse un momento la mano; más no

tuvo la pobre ese consuelo. Estando cenando el cruel muchacho, y como marnasen de su herida algunas gotas de sangre, rechazó el pañuelo de Margot y se enrolló la servilleta á la muñeca. Produjo esto tal disgusto á Margot, que se le llenaron de lágrimas los ojos.

No obstante, no podía pensar que Castor despreciase su amor; pero sí que lo ignoraba. ¿Qué se podía hacer? Tan pronto Margot se resignaba como se impacientaba. Los acontecimientos más indiferentes se tornaban alternativamente para ella en motivos de alegría y tristeza. Una palabra amable, una mirada de Castor la hacían feliz un día entero; si aquél cruzaba por la sala sin fijar la vista en ella, si se retiraba por la noche sin dedicarla el saludo que solía hacerle, Margot pasaba la noche intentando ver en qué había podido desagradarle. Si por casualidad se sentaba él al lado de ella y la dirigía un cumplido acerca de sus cañamazos, Margot resplandecía de bienestar y agradecimiento; si, en la comida se negaba él á comer un plato que ella le ofreciese, ésta imaginaba que ya no le quería.

Había algunos días en que Margot se compadecía á sí misma por decirlo así; llegaba á dudar de su belleza y á creerse fea toda una tarde. En otras ocasiones, rebelábase en ella el orgullo

femenino; á veces, ante el espejo, encoñase de hombros de despecho, pensando en la indiferencia de Castor. Un movimiento de desaliento y de cólera la inducía á arrugarse el cuello y á encasquetarse la cofia hasta los ojos; un arrebato de altivez despertaba en ella la coquetería; de pronto, en medio del día, aparecía revestida con todas sus galas y con todo el traje de los domingos, como para protestar con todo su poder contra la injusticia del destino.

En su nueva condición, Margot conservaba los gustos de su primitivo estado. Mientras Castor iba de caza, ella se pasaba la mañana en la huerta, sabía manejar oportunamente la podadera, la regadera y el rastrillo, y más de una vez había dado un buen consejo al jardinero. La huerta se extendía delante de la casa y servía al mismo tiempo de terraza; flores, frutas y legumbres se hallaban allí en compañía. Margot tenía especial afición á un gran espaldar cubierto de hermosísimos melocotones; lo cuidaba extremadamente, y ella era quien cada día escogía con mano ahorradora alguna fruta para el postre. Había en la espaldera un melocotón mucho mayor que todos los demás. Margot no podía decidirse á cogerlo; lo veía tan aterciopelado y con tan lindo color de púrpura, que no se atrevía á arrancarlo

del árbol y le parecía un crimen comerlo. Nunca pasaba ante él sin admirarlo, y había recomendado al jardinero que se guardasen bien de tocarlo, so pena de provocar su cólera y los reproches de su madrina. Un día, al ponerse el sol, Castor, que volvía de caza, atravesó la huerta; apurado por la sed, tendió la mano al pasar bajo la espaldera, y quiso la casualidad que arrancara el fruto favorito de Margot, en el cual hincó los dientes sin miramiento. La joven estaba á pocos pasos de allí, regando un cuadro de legumbres; acudió al instante; pero Castor, que no la vió, prosiguió su camino. Después de dar uno ó dos bocados, arrojó la fruta al suelo y penetró en la casa. Al primer golpe de vista percatóse Margot de que su querido melocotón estaba perdido. El brusco movimiento de Castor y la serenidad con que había arrojado el fruto produjeron en la niña un efecto inesperado y extraño. Estaba desconsolada y, al mismo tiempo, encantada, pues pensaba que con el sol ardiente que hacía, Castor tendría mucha sed, y que aquella fruta debió de agradaarle. Recogió el melocotón y, después de soplar contra él para quitarle el polvo, aseguróse de que nadie podía verla y dió al fruto un beso furtivo; más no pudo menos de darle al mismo tiempo un mordisco para

probarlo. No sé que idea singular le cruzó por la imaginación; el caso es que, pensando acaso en el fruto ó tal vez en ella misma, murmuró:

—¡Mal muchacho, como malgastas sin saberlo!

Pido gracia al lector por la niñería que le cuento; pero ¿cómo he de contar otra cosa, si mi heroína es una niña? La señora de Doradour fué invitada á almorzar en un palacio de las cercanías y llevó consigo á Margot y á Castor; se separaron algo tarde, y ya era de noche cerrada cuando volvieron á tomar el camino de su casa. Margot y su madrina ocupaban la testera del carruaje; Castor, sentado en la delantera, y no teniendo á nadie á su lado, habíase tendido en los almohadones, de modo que estaba casi acostado. Había una hermosa luna muy clara; pero lo interior del coche estaba sumamente obscuro, pues sólo penetraban á intervalos algunos rayos de luz; la conversación languidecía; una buena cena, algo de fatiga, la obscuridad, el suave balanceo de la berlina, todo convidaba á nuestros viajeros al sueño. La primera que se durmió fué la señora de Doradour, y al dormirse, colocó el pie en la bigotera, sin cuidarse de si molestaba á Castor. El viento era fresco; una gruesa manta echada sobre las rodillas, abrigaba á la vez á la no-

driza y la ahijada. Margot, hundida en un rincón, no se movía, aunque estaba muy despierta; y tenía fuertes deseos de saber si Castor dormía. Parecía que ya que ella tenía abiertos los ojos, él debía de tenerlos también; le miraba, sin verle, y se preguntaba si él haría lo mismo. Así que se deslizaba por el coche un poco de claridad, arriesgábase Margot á toser ligeramente. El joven permanecía inmóvil y la mocita no se atrevía á hablar por miedo á interrumpir el sueño de su madrina. Alargó la cabeza y miró afuera; la idea de un largo viaje tiene tanto parecido con la idea de un amor largo, que al ver el claro de luna y la campiña, Margot olvidó enseguida que se hallaba camino de Honville; cerró á medias los párpados, y mientras miraba pasar los árboles, figurábase que partía para Suiza ó Italia con la señora de Doradour y su hijo. Como puede suponerse, este ensueño le indujo á forjarse otros, y tan gratos que se entregó por completo á ellos. Véase, no esposa de Castor, sino prometida suya que iba á correr el mundo, amada de él y con derecho á amarle, y al fin del viaje estaba la felicidad: halagüeña palabra que repetía sin cesar y que, por fortuna para ella, tan poco entendía. Para soñar mejor cerró del todo los ojos; adormeciósse y por un movimiento invo-

luntario, hizo lo que la señora de Doradour: extendió el pie por el cojín que tenía delante; la casualidad hizo que colocase ese pie, que por otra parte era pequeñísimo y estaba muy bien calzado, precisamente en la mano de Castor. Éste no pareció enterarse; pero Margot se despertó sobresaltada; sin embargo, no retiró el pie en seguida sino que lo apartó un poco. Su sueño le había acariciado tan bien que ni aún el despertar la sacaba de él; ¿no se puede posar el pie en el asiento en que duerme el amante cuando se parte con éste para Suiza? Fuera lo que fuere, la ilusión se desvaneció poco á poco. Margot empezaba á pensar en la torpeza que acababa de cometer.

—¿Se habrá enterado?—se decía.—
¿Duerme ó finge dormir? De enterarse ¿cómo no habrá quitado la mano? y si duerme ¿cómo no le habré despertado? Acaso me desprecie lo bastante para no dignarse demostrarme que ha sentido mi pie; tal vez le haya gustado y, fingiendo no notarlo, espere que yo lo repita y hasta ¿quién sabe si cree que estoy dormida? No es, sin embargo, agradable tener un pie ajeno en la mano, á menos que sea de una persona amada. Mi zapato ha debido de mancharle el guante, pues hemos caminado hoy mucho; pero es probable que Castor no quiera

aparentar interesarse por tan poca cosa. ¿Qué diría si lo repitiese yo otra vez? Harto sabe que no lo osaré; quizá sospeche mi incertidumbre y se divierta en atormentarme.

Reflexionando de ese modo, Margot retiraba despacito el pie, con todas las precauciones posibles; ese piecito temblaba como una hoja; á tientas en la obscuridad, volvió á rozar las yemas de los dedos del joven, pero tan ligeramente que la misma Margot apenas tuvo tiempo para advertirlo. Nunca le latió más de prisa el corazón; creyóse perdida é imaginóse haber cometido una imprudencia irreparable.

—¿Qué va á pensar?—se preguntaba. —¿Qué opinión va á formarse de mí? ¿En qué turbación me voy á ver? Ya no me atreveré á mirarle de frente. Falta muy grande era haberle tocado la primera vez; pero la de ahora es muchísimo peor. ¿Cómo podría yo demostrar que no lo he hecho adrede? Los muchachos nunca quieren creer nada. Va á burlarse de mí y á contarlo á todo el mundo, tal vez á mi madrina, y ésta se lo dirá á mi padre; no podré ya presentarme en el pueblo. ¿A dónde iré? ¿Qué será de mí? Por mucho que yo me defienda, no hay duda de que le he tocado dos veces, y que nunca hizo tal cosa una mujer. Después de lo que acaba de pa-

sar, lo menos que puede sucederme es tener que salir de la casa.

Al pensar esto, se estremeció Margot. Buscó largo rato en su cabeza el medio de justificarse; proyectó escribir al día siguiente una carta á Castor, carta que procuraría le entregasen en secreto, y en la cual le explicaría que si le puso el pie en la mano, fué por descuido y que le pedía perdón y le rogaba que lo olvidase.

—Pero ¿y si no duerme?—pensó de nuevo.—¿Y si sospecha que le amo? ¿Si ha adivinado mi pensamiento? ¿Si fuera él el que viniera primero á hablarme mañana de esta aventura? ¿Si me dijese que también me ama? ¿Si me hiciera una declaración?...

En este momento paró el coche. Castor, que dormía de veras, extendió el brazo, despertándose sin remilgos; necesitó cierto tiempo para recordar en dónde estaba; ante tan triste descubrimiento disipáronse los ensueños de Margot; y, al ofrecerle, el joven, para bajar, la mano que ella había rozado, la niña comprendió claramente que acababa de viajar sola.



CAPITULO VI

DOS acontecimientos imprevistos ocurrieron casi al mismo tiempo, uno ridículo y grave el otro. Una mañana se hallaba Castor en la alameda de la casa, probando un caballo que acababa de comprar, cuando un arrapiezo, medio cubierto de harapos y casi desnudo, se le acercó con aire resuelto y se detuvo delante del caballo. Era Perico, el guardador de pavos. Castor no lo conoció y, creyendo que le pedía limosna, echóle algunos sueldos en la gorra. Perico guardó en el bolsillo las monedas; pero, en vez de marcharse, corrió tras el jinete y de nuevo se plantó ante él algunos pasos más allá. En vano le gritó Castor dos ó tres veces para que se retirase; Perico continuaba siguiéndole y parándole.

—¿Qué se te ofrece, picaruelo?—le preguntó el joven.—¿Te has propuesto dejarte aplastar?

—Señor—contestó Perico sin molestar—quisiera ser criado del señorito.

—¿De quién?

—De usted, señor.

—¿Mío? ¿Y á qué viene hacerme esa petición?

—Para ser criado suyo.

—¡Si yo no necesito criados! ¿Quién te ha dicho que buscase uno?

—Nadie, señor.

—Entonces ¿á qué vienes?

—Vengo á pedir al señor que me haga criado suyo.

—¿Estás loco, por ventura? ¿Ó es que te burlas de mí?

—No, señor.

—Ten, déjame en paz.

Castor volvió á echarle algunas monedas y, desviando el caballo, prosiguió su camino. Perico tomó asiento al borde de la alameda, y Margot, que pasaba poco después, le encontró allí, llorando á lágrima viva. Acudió á él en el acto.

—¿Qué tienes, Periquito? ¿Qué te ha sucedido?

Al principio, Perico se negó á contestar.

—Quería ser criado del señor—dijo al fin, entre sollozos,—y el señor no quiere. No sin trabajo, consiguió Margot que

se explicase. Por fin supo de lo que se trataba. Desde que ella salió del cortijo, Perico estaba disgustado por no verla. Medio avergonzado y medio llorando, le contó sus penas, y no pudo ella menos de reirse y compadecerle al mismo tiempo. Para expresar sus pesares, el pobre muchacho hablaba á la vez de su amistad á Margot, de los zuecos ya usados, de su triste soledad en los campos, de uno de sus pavos que había muerto: todo esto se le mezclaba en la cabeza. Finalmente, no pudiendo soportar su tristeza, decidió venir á Honville y ofrecerse á Castor como criado ó palafrenero: Semejante determinación le había costado reflexionar ocho días, y, como acabamos de ver, no tuvo buen resultado. Por eso hablaba de morir antes de volver al cortijo.

—Ya que el señor no me quiere—dijo al terminar su relato,—y ya que no puedo ser para él lo que usted es para la señora de Doradour, me dejaré morir de hambre.

Creo excusado decir que estas últimas palabras fueron acompañadas de un diluvio de lágrimas.

Margot le consoló cuanto pudo y le condujo de la mano á la casa. Allí, esperando que le llegase la hora de morir de hambre, le hizo pasar á la cocina y le dió un trozo de pan con

jamón y frutas. Perico, bañado en llanto, comió con buen apetito, mirando á Margot con los ojos muy abiertos. Ésta le dió á entender facilmente que, para entrar al servicio de alguno, hay que esperar que haya plaza vacante, y le prometió encargarse de su petición á la primera ocasión. Le dió las gracias por su amistad, asegurándole que también ella le quería; le enjugó las lágrimas, besóle con cierto airecillo maternal, en la frente, y le decidió, al fin, á volver al cortijo. Perico, convencido, metió en los bolsillos lo que le quedaba del almuerzo; Margot le dió además un escudo de cien sueldos, para que se comprara zuecos y camiseta. Así consolado, tomó la mano de la joven y aplicó en ella los labios, diciendo con emocionado acento:—Hasta la vista, señorita Margarita.—En tanto que él se marchaba con tardo paso, notó Margot que el niño empezaba á ser ya alto. Reflexionó en que solo le llevaba á ella un año, y prometióse que, de presentarse la ocasión, no le besaría tan pronto.

Al día siguiente, observó que Castor, contra su costumbre, no había ido de caza, y que se había compuesto más esmeradamente que de ordinario. Después de comer, es decir á cosa de las cuatro, el joven dió el brazo á su madre, y ambos se encaminaron á la alameda. Hablaban en voz baja, y parecían in-

quietos; Margot, sola en la sala, miraba con ansiedad por la ventana, cuando entró en el patio una silla de posta. Castor corrió á abrir la portezuela; primero se apeó una señora anciana, luego una joven como de unos diez y nueve años, elegantemente vestida y bella como un sol. Por el recibimiento que se hizo á los forasteras, comprendió Margot que no eran solamente personas ilustres, sino que debían de ser además parientes de su madrina; se les habían preparado las dos mejores habitaciones de la casa. Cuando las recién llegadas entraron en la sala, la señora de Dora-dour hizo una seña á Margot y le mandó en voz baja que se retirase. Ésta se marchó á disgusto, y la llegada de aquellas dos damas no le parecía augurar nada agradable.

Al día siguiente, cuando titubeaba para bajar á desayunar, fué su madrina á buscarla y la presentó á la señora y á la señorita de Vercelles, que así se apellidaban las dos forasteras. Al entrar en el comedor vió Margot que en su sitio de costumbre, que estaba al lado del de Castor, había una servilleta limpia. Sentóse en silencio, y no sin pena, en otro puesto; el suyo lo ocupaba la señorita de Vercelles y, al poco rato, era fácil ver que el joven miraba mucho á su vecina. Margot permaneció

muda durante el desayuno; sirvió una fuente que tenía ante sí, y al ofrecérsela á Castor, éste no pareció siquiera oirla. Después del desayuno, paseáronse por el parque; una vez dadas algunas vueltas por las alamedas, la señora de Doradour fué de bráceros con la anciana y Castor ofreció el brazo á la joven de Vercelles; Margot, que se quedó sola, iba detrás de todos; nadie se acordaba de ella ni le dirigían la palabra; se detuvo y volvió á la casa. Al almorzar, la señora de Doradour mandó traer una botella de vino de Frontignan, y como conservase en todo costumbres añejas, tendió la copa antes de beber para invitar á sus huéspedes á hacerlo. Todos siguieron su ejemplo salvo Margot, que no estaba enterada de lo que tenía que hacer. No obstante, levantó también un poco la copa, esperando que la animasen. Nadie respondió á su tímido ademán, y ella colocó la copa ante sí sin beber su contenido. «¡Qué lástima que no haya un quinto, dijo, después de comer, la señora de la casa, pues jugaríamos á la berlanga» (en aquella época entraban cinco en este juego). Margot, sentada en un rincón, se guardó bien de decir que sabía jugar, y su madrina propuso una partida de whist. Llegada la cena, á los postres, suplicaron á la señorita de Vercelles que cantase; la joven se

hizo rogar un buen rato; luego, con voz fresca y ligera, entonó un aria bastante alegre. Al oirla, Margot no pudo menos de suspirar y pensar en la casa de su padre, en donde ella cantaba, á los postres. Cuando llegó la hora de retirarse, al entrar Margot en su cuarto, vió que se habían llevado sus dos muebles favoritos, una gran silla poltrona y una mesita de marquetería en la que solía colocar el espejo al peinarse. Entreabrió la ventana temblando, para mirar un instante la luz que de ordinario brillaba tras las cortinas de Castor: era su adiós de todas las noches; pero aquel día, no se veía luz alguna. Castor había cerrado las contraventanas. Margot se acostó con la muerte en su alma, y no pudo dormir en toda la noche.

¿Qué motivo traía á las dos forasteras y cuánto tiempo duraría su permanencia? He ahí lo que Margot no podía saber; pero claramente se veía que la presencia de aquellas damas estaba relacionada con las conversaciones secretas de la señora de Doradour y su hijo. Había en ello un misterio, imposible de descifrar, y cualquiera que éste fuese, presentía Margot que destruiría su felicidad. Al principio supuso que dichas señoras eran parientes de su ama; pero les demostraban á la vez demasiada amistad y excesiva cortesía para que

así fuese. Durante el paseo, la señora de Doradour tuvo buen cuidado de indicar á la madre la extensión de las tapias del parque; hablóle al oído de los productos y del valor de sus tierras; quizás se intentase, pues, vender las posesiones de Honville, y en ese caso ¿qué sería de la familia de Margot? ¿Conservaría el nuevo propietario los antiguos colonos del cortijo? Pero, por otra parte. ¿qué motivos podría tener la señora de Doradour, gozando como gozaba, de una fortuna tan grande, para vender la casa en donde había nacido y en que tan á gusto parecía estar su hijo? Las forasteras venían de París; á cada momento hablaban de esa capital, y no parecían muy dispuestas á vivir en el campo. Durante la cena, la señora de Cervelles había dado á entender que alternaba con la emperatriz, que la acompañaba á Malmaison, y que disfrutaba de su amistad. Acaso se trataría de pedir el ascenso de Castor, siendo por lo tanto natural que se halagase á una señora en favor. Tales eran las conjeturas de Margot; pero por mucho que se afanaba no quedaba satisfecha su imaginación, y el corazón le impedía examinar la única suposición verosímil que, al mismo tiempo, fuera la sola verdadera.

Dos criados llevaron con gran trabajo á las habitaciones que ocupaba la se-

ñorita de Vercelles, una enorme caja de madera. Al salir Margot de su cuarto, oyó el sonido de un piano; era la primera vez en su vida que le llegaban á los oídos semejantes acordes; en materia de música no conocía más que las contradanzas de su pueblo. Paróse, llena de admiración. La señorita de Vercelles estaba ejecutando un vals; se interrumpió para cantar y Margot se acercó callandito á la puerta para oír las palabras. La letra era italiana. La dulzura de esa lengua desconocida pareció aún más extraordinaria á Margot que la armonía del instrumento. ¿Qué era, pues, aquella bella señorita que así pronunciaba palabras misteriosas en medio de tan extraña melodía? Dominada por la curiosidad, Margot se agachó, secóse los ojos, por los que resbalaban aún algunas lágrimas, y miró por el ojo de la cerradura. Vió á la señorita de Vercelles sin arreglar, con los brazos al aire, el cabello en desorden, los labios entreabiertos y la vista hacia el cielo. Creía estar viendo un ángel; nunca se ofreció á sus miradas nada más seductor. Se fué con paso lento, deslumbrada y consternada á la vez, sin poder distinguir lo que por ella pasaba; y al bajar por la escalera, repitió varias veces, con voz de emoción: «¡Virgen santa! ¡qué hermosa beldad!»



CAPÍTULO VII

Es singular que los que más se engañen en las cosas de este mundo sean casualmente los interesados en ellas. Por la conducta de Castor para con la señorita de Vercelles, el más indiferente testigo se percatara de que estaba enamorado de ella. Y sin embargo, Margot no lo veía ó mejor dicho, no quería verlo. A pesar de la pena que le causaba esa conducta, estuvo mucho tiempo sin discernir la verdad, por impedírsele un sentimiento inexplicable, que muchos creerían imposible: me refiero á la admiración que le inspiró la de Vercelles.

Esta doncella era alta, rubia, graciosa. Hacía algo más que agradar. Tenía una belleza consoladora, si se permite expresarse así. En efecto, en su mirada

y en sus palabras había una calma tan singular y tan dulce, que no podía uno privarse del placer que causaba su presencia. A los pocos días mostró gran amistad á Margot y hasta empezó á manifestársela. Enseñóle algunos secretillos de tapicería y bordado; se cogía de su brazo en paseo y le hizo cantar, acompañada con el piano, aires de su tierra. Margot agradeció tanto más esas pruebas de benevolencia, cuanto que tenía el corazón desgarrado. Cuando se le acercó y le habló por primera vez la parisiense, llevaba Margot casi tres días viviendo en el mayor desamparo. Temblaba de contento, de temor y de sorpresa. Padecía al verse del todo olvidada por Castor y sospechaba acertadamente la causa. En aquella acción de su rival, halló no sé que encanto mezclado de amargura; primero, presumió con alegría que iba á salir del aislamiento en que de pronto había caído, al par que le halagaba verse honrada por tan buena persona. Aquella belleza, que solo debería darle celos, le encantó á la primera palabra; y haciéndose poco á poco más familiar, se aficionó apasionadamente á la señorita de Vercelles. Luego de admirar su rostro, admiró su modo de andar, su sencillez exquisita y hasta la menor cinta que ella luciera. Casi no le quitaba los ojos de en-

cima, y cuando hablaba, la escuchaba con mucha atención. Si se sentaba al piano, las miradas de Margot fulguraban y parecían decir á todo el mundo: «Va á tocar mi amiga querida», que así la llamaba, no sin sentir interiormente una ligera vanidad. Cuando pasaban juntas por el pueblo, los lugareños se volvían. No lo echaba de ver la de Vercelles; pero Margot se ponía colorada de satisfacción. Casi todas las mañanas, antes de desayunar, hacía ésta una visita á su amiga; la ayudaba en su tocado, la miraba lavar sus lindas manos blancas, la escuchaba cantar en el dulce lenguaje italiano. Después bajaba con ella á la sala, orgullosa por haber aprendido una arieta, que iba tarareando por la escalera. En medio de todo esto, la devoraba la pena, y así que se veía sola, lloraba.

La señora de Doradour tenía la imaginación demasiado ligera para notar cualquier cambio de su ahijada: «Páreceme que estás pálida, le decía á veces; ¿no has dormido bien?» Y sin aguardar la respuesta se ocupaba en otra cosa. Castor era más perspicaz, y cuando se tomaba la molestia de pensar en la tristeza de Margot, no se equivocaba acerca de ella, pero se decía que sería únicamente un capricho de niña, unos pocos celos, naturales en las mujeres, y que

con el tiempo terminarían. Hay que decir que Margot evitó siempre toda ocasión de estar á solas con él. La idea de una escena frente á frente le estremeaba, y en cuanto le veía de lejos, al pasearse sola, daba media vuelta, de modo que las precauciones que tomaba para ocultar su amor, parecían al joven efecto de un genio salvaje.—«¡Qué chiquilla tan singular!» solía decir para sí al verla escaparse en cuanto él hacía ademán de acercársele; y para divertirse con su azoramiento, á veces se aproximaba á ella, á pesar suyo. Entonces Margot bajaba la cabeza, respondía por monosílabos y se replegaba, por decirlo así, en sí misma, como una sensitiva.

Deslizábanse los días con suma monotonía; ya no iba Castor de caza; se jugaba poco, rara vez se salía de paseo; todo se iba en coloquios, y, dos ó tres veces al día, la señora de Doradour mandaba á Margot retirarse, para que no molestase á la compañía. La pobre niña se pasaba el tiempo bajando del cuarto y volviendo á subir á él. Si, por azar, entraba inoportunamente en la sala, veía á las dos madres hacerse señas y que todo el mundo callaba; cuando la volvían á llamar, tras una larga conversación secreta, Margot tomaba asiento sin mirar á nadie, y la

inquietud que sentía semejaba á la que se siente en el mar cuando se vé á lo lejos la tempestad que se acerca lentamente en medio de un cielo sereno.

Una mañana que pasaba por delante de la puerta de la señorita de Vercelles, la llamó ésta. Después de hablar un ratito de cosas indiferentes, vió Margot en el dedo de su amiga una preciosa sortija.

—Pruébesela—le dijo la señorita de Vercelles—para ver como le sienta.

—¡Oh!—exclamó Margot—no es mi mano lo bastante bonita para llevar tales alhajas.

—Pues esta sortija le está admirablemente. El día de mis bodas se la regalaré.

—¿Va usted á casarse?—preguntó temblando Margot.

—¿Quién sabe?—contestó riendo la de Vercelles;—nosotras, las solteras, estamos siempre dispuestas á esas cosas.

Excusado es decir la turbación en que dejaron á Margot esas palabras; repetíase las á sí misma cien veces noche y día; pero casi maquinalmente y sin atreverse á meditarlas. No obstante, al poco tiempo, al servir después de cenar el café, y ofrecerle Castor una taza, Margot la rechazó suavemente, diciéndole: «Me la dará usted el día de sus bodas.» El joven sonrió y pareció algo

sorprendido, mas no replicó nada; pero la señora de Doradour frunció el entrecejo y suplicó malhumorada á Margot, que no se metiese en lo que no le importaba.

No lo echó Margot en saco roto; esta circunstancia parecía probarle lo que tanto deseaba y temía saber. Corrió á encerrarse en su cuarto; allí apoyó la frente en las manos y lloró amargamente. Así que hubo vuelto en sí, cuidó de correr el pestillo para que nadie fuera testigo de su dolor. Encerrada, se consideró más libre y empezó á desenredar poco á poco lo que le pasaba en el alma.

A pesar de su extremada juventud y del loco amor que la invadía, era Margot muy juiciosa. De lo primero que se persuadió fué de la imposibilidad en que estaba de luchar contra los acontecimientos. Comprendió que Castor amaba á la señorita de Vercelles; que las dos familias estaban de acuerdo y que se había decidido la boda. Quizá estuviera señalado ya el día; recordaba haber visto en la biblioteca á un hombre vestido de negro, que escribía en papel sellado; probablemente sería un notario que estuviera redactando el contrato. La señorita de Vercelles era rica; Castor también lo sería en cuanto muriese su madre; ¿qué podía, pues, ella, contra

decisiones adoptadas, tan naturales y justas? Aferróse á esa idea, y cuanto más se afianzaba en ella, tanto más invencible se le antojaba el obstáculo. Ya que no podía impedir tal boda, ocurriósele que lo mejor que debía hacer era no presenciaria. Sacó de debajo de la cama un baulito que le pertenecía, sentóse encima de él, y rompió de nuevo á llorar. Así permaneció durante una hora, en estado verdaderamente lastimoso. Las primeras ideas que tuvo, se le embrollaban en la imaginación; las lágrimas que manaban de sus ojos la aturdían; movía la cabeza como para librarse de ellas. En tanto que se inquietaba buscando el partido que debía tomar, no advertía que se apagaba la vela. Súbitamente se halló entre tinieblas; levantóse y abrió la puerta para pedir luz; mas era tarde y todos estaban acostados. No obstante, no creyendo tan avanzada la noche, salió á tientas.

Cuando, al bajar, vió obscura la escalera y reconoció que estaba, por decirlo así, sola en la casa, se apoderó de ella el miedo, muy natural á su edad. Había atravesado un largo pasillo que conducía á su cuarto; se detuvo, y no se atrevía á volver sobre sus pasos. Ocurrir á veces que una circunstancia, de poca importancia al parecer, varía el

curso de nuestras ideas; la obscuridad, más que cualquier otra cosa produce este efecto. Como en muchos edificios antiguos, la escalera de la casa de Honville estaba construída en una torre-cilla, llenándola por completo y extendiéndose en espiral alrededor de una columna de piedra. Margot, en su indecisión, se apoyó contra esa columna, cuyo frío, unido á la pena y al miedo le heló la sangre. Quedóse un rato inmóvil; de pronto se le ocurrió un pensamiento siniestro; la debilidad que tenía le inculcó la idea de muerte y, lo raro es que la tal idea, que solo duró un instante, pues se desvaneció al momento, le devolvió las fuerzas. Regresó á su cuarto y se encerró otra vez hasta que se hizo de día.

En cuanto amaneció el sol, bajó Margot al parque. Aquel año era magnífico el otoño; las hojas, ya marchitas, parecían de oro. Aún no caía nada de las ramas, y el viento, templado y suave, parecía respetar los árboles de Honville. Acababa de empezar la estación en que los pájaros se despiden de sus amores. No estaba tan adelantada la pobre Margot; pero al benéfico calor del sol, sintió suavizarse su pena. Empezó á pensar en su padre, en su familia, en su religión; volvió á su primer impulso, que era el de marcharse y resignarse,

y pronto dejó de creerlo tan indispensable como lo juzgó la víspera.

Preguntábase qué mal habría hecho para ser desterrada del lugar en donde había pasado sus mejores días. Pensó que podía quedarse en él, no sin padecer, pero padeciendo, sin embargo, menos que si se fuese. Internóse en las sombrías alamedas, y se detenía pensando: «Amar es cuestión importante; para amar hace falta valor». La palabra *amar* y la certeza de que nadie en el mundo sospechaba su pasión, le inducían á esperar á pesar suyo. ¿Qué esperaba? No lo sabía; pero por esta misma razón le era más fácil esperar. Su secreto tan querido se le antojaba un tesoro oculto en el corazón; no podía decirse á arrancarlo; se prometía conservarlo ahí siempre y protegerlo contra todos, aunque tuviera que quedar sepultado en él. La ilusión vencía á la razón; y ya que Margot amó como niña, se desoló también como niña y como niña se consoló. Acordóse de los cabellos rubios de Castor, de las ventanas de la calle del Perche; intentó persuadirse de que aun no estaba ultimada la boda y de que podía haber interpretado mal las palabras de su madrina. Se echó al pie de un árbol y, aniquilada por la emoción y la fatiga no tardó en dormirse.

Ya eran las doce del mediodía cuando

se despertó. Miró en derredor suyo, sin casi acordarse de sus penas. A corta distancia, oyó un ligero ruido que le hizo volver la cabeza. Divisó á Castor y á la señorita de Vercelles que venían hacia ella por la empalizada; estaban solos, y no podían verla, oculta como estaba en un espeso soto. En medio de la alameda se detuvo la señorita de Vercelles y sentóse en un banco; Castor permaneció un rato de pie ante ella, mirándola tiernamente; luego, dobló la rodilla, rodeó con los brazos á la joven y le dió un beso. Ante tal espectáculo, Margot se levantó fuera de sí: le invadió un dolor inexplicable y huyó corriendo por el campo, sin saber á dónde iba.



CAPÍTULO VIII

DESDE el fracaso de Perico en su proyectada empresa de ser admitido al servicio de Castor, estaba cada día más triste el guardador de pavos. Los consuelos que le dió Margot le satisficieron un momento; pero su satisfacción duró lo que las provisiones que se había llevado en los bolsillos. Cuanto más pensaba en su cara Margot, tanto más se convencía de no poder vivir lejos de ella, y, en verdad, su vida en el cortijo no era á propósito para distraerle, como tampoco la compañía en que pasaba el tiempo. En esto, el mismo día de la desaparición de nuestra heroína, caminaba pensativo Perico á lo largo de la ribera, azuzando ante sí los pavos, cuando, á unos cien pasos de distancia, vió á una mujer que corría, casi